

Ut y las estrellas

Pilar Molina Llorente

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

Morir o matar

El fuego se cimbreaba, caliente y duro, iluminando el techo de la caverna. La tarde estaba avanzada y el silencio pesaba sobre Ut. Su manta de piel blanca le quitaba el frío del suelo y allí, tumbado en un rincón, pensaba; Ut siempre había pensado mucho en su rincón y a nadie le extrañaba. Poco a poco se hizo de noche y el frío se volvió pesado. La madre de Ut echó al fuego algunos troncos más y se perdió entre las arcadas de la cueva.

Una sombra negra tapó la poca luz que aún entraba, y el padre y los hermanos de Ut, que volvían de cazar, se sentaron junto al fuego. Tenían aspecto cansado. Los dos hermanos cargaban en sus hombros un enorme animal que tenía la piel de pelo corto y grasiento y, en el lomo, unas escamas azuladas y brillantes. El padre tiró la lanza a un lado mientras Bar y Oa, los hermanos de Ut, dejaban al animal en el suelo.

El padre levantó la cabeza, cubierta de pelo, y descubrió a Ut, que no se había movido de su manta de piel.

—Ut, ven al fuego.

Su voz de trueno se perdió en las bóvedas de la caverna, rechazada por los muros.

Ut se alzó cansadamente y cruzó sus largas piernas cerca de la hoguera; después miró a su padre.

—Toda la tribu habla de lo mismo y me miran con desdén. Nadie puede tener más vergüenza que el que tiene un hijo vago.

Ut agachó la cabeza; su padre seguía hablando.

—Un hombre tiene que correr peligros si quiere vivir.

Su voz llenaba la caverna y salía por la abertura de entrada, asustada de su propio eco.

—Tus hermanos, Bar y Oa, han aprendido a cazar y también el manejo de las armas de guerra, pero tú sigues tumbado mientras otros trabajan para ti. Esto no puede continuar. Eso es todo.

Con estas palabras y una mirada severa terminó la reunión familiar y se dispuso la cena. Ut no tenía hambre y salió fuera. Hacía frío; se arrebujó en su manta amarilla y negra y miró el cielo; las estrellas abrían y cerraban los ojos y la luna, calmada y lenta, jugaba a platear las piedras.

Ut se sentó en el suelo y pensó en las palabras de su padre. Debía hacer algo, algo útil para la tribu y para su familia, algo para ganarse el alimento. Pero Ut odiaba la guerra, de la que nunca se saca nada bueno y deja a las tribus enfermas y entristecidas, y no le gustaba cazar. Todavía recordaba la primera y única cacería a la que había ido con sus hermanos; aún veía delante de sí aquel hermoso animal, con la arrogancia de un rey, a quien él tenía que matar, y se sintió incapaz y bajó el arco. Fue Bar quien disparó, mientras por la tribu corría la voz de la cobardía de Ut.

Ut no volvió a ninguna cacería, y cuando su padre y sus hermanos traían a casa la carne y su madre la despedazaba sobre la piedra lisa, Ut sentía tanta repugnancia por aquellos trozos que chorreaban sangre, que muchas veces se quedaba sin comer por no paladear el sabor de la carne cruda. Pero toda la tribu comía carne y no comprendían que a Ut no le gustase.

Sintió un escalofrío y se metió en la cueva. Toda la familia estaba durmiendo. Ut comprendió que habían estado desollando y partiendo al animal, al ver la piel puesta a secar y un montón de huesos en un rincón.

El fuego se apagaba poco a poco y Ut se durmió con la cabeza cargada por la fiebre de su problema.

Los primeros rayos de sol entraron en la caverna y despertaron a Ut. Su madre limpiaba las mantas; su padre y sus hermanos habían salido con la tribu de caza. La mañana, clara y fresca, invitó a Ut a pasear y se acercó hasta el lago. Los árboles y las matas estaban húmedos por las heladas.

Un pájaro grande, de alas amarillas con las puntas de colores, se posó en una rama y lanzó un grito que rebotó de cumbre en cumbre. Ut lo miró con simpatía; el pájaro se sentía solo, como él, y por eso gritaba. De pronto, una enorme piedra cortó el chillido y el hermoso pájaro se desplomó a los pies de un guerrero, que lo metió en su cueva. Era la ley, morir o matar.

Ut sentía ganas de chillar de angustia y se escondió en el bosque de pinos, gritando hasta notar que le dolía el pecho. Cuando se sintió mejor, volvió al lago y se sentó en la orilla, distraído. Casi sin mirar, comenzó a reunir la tierra húmeda en pequeños montoncitos. Cuando el sol estuvo muy alto, volvió despacio a la cueva.

Cerca de una de las cavernas hablaban dos mujeres. Al ver a Ut, una de ellas comentó:

—Mira, es Ut, el hijo de Ur-Boa.

La otra mujer lo miró con repugnancia.

—Sí, es Ut, el vago.

Ut apretó los puños y contuvo su rabia. Ésa era su fama y su gloria: era un vago y un cobarde porque odiaba la guerra. Su hermano Bar le había dicho muchas veces:

—Tienes que acostumbrarte; hay que matar para vivir, cazar para comer.

Y Ut le había contestado, muy bajo:

—Pero la vida es hermosa; la de los animales también.

Y su padre hizo retumbar la caverna:

—Si tus antepasados hubieran pensado como tú, ahora no vivirías.

Ut comprendió que tenía razón, pero no podía hacer nada: amaba a los animales y a las plantas y el corazón rojizo de las rocas y el agua tranquila del lago. La vida era bella y él quería verla y vivirla todos los días sin matar ni destruir.

A veces se quedaba mirando algo en el cielo o en las cumbres, y no oía cuando le hablaban. Por la tribu corrió la voz de que el espíritu mágico de la locura vivía en él.

Desde entonces, todos se separaban de Ut con aprensión.

La tribu ya había vuelto de cazar y la voz de su padre sacudió la cabeza de Ut y le hizo volver a la realidad.

—Ut, siéntate a comer.

Se sentó con sus hermanos, pero comió poco y se tumbó en su rincón.